

El Liderazgo del Profeta Samuel

Humildad: Visión Espiritual, Carácter y Legado

«Aquí estoy; Atestigüad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido: si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno, si he calumniado a alguien, si he agraviado a alguno, si de alguna mano he tomado cohecho por el cual haya cubierto mis ojos; y os lo restituiré.»

1 Samuel 12:3

La Biblia no es solo un libro de historias sagradas: es también un **registro vivo de lo que significa liderar bajo la dirección de Dios**. A lo largo de sus páginas encontramos hombres y mujeres que aprendieron —*muchas veces a través del fracaso y la debilidad*— que el liderazgo verdadero no nace de uno mismo. Samuel es, dentro de ese conjunto de figuras, uno de los ejemplos más completos: profeta, juez y sacerdote en una sola persona, cuyo ministerio marcó un punto de quiebre entre dos épocas decisivas para el pueblo de Israel.

Su historia comienza en el silencio y en la crisis. Israel atravesaba uno de sus períodos más difíciles, el sacerdocio estaba corrompido desde adentro, la Palabra de Dios escaseaba y la presión del enemigo filisteo crecía desde afuera. **Es en ese escenario donde Dios levanta a un niño consagrado, formado en el templo, que aprenderá a escuchar antes de hablar y a servir antes de dirigir.**

El contexto del llamado

Para entender a Samuel es necesario comprender primero el momento en que él aparece, Israel no tenía un gobierno espiritual estable ni una sucesión clara del liderazgo religioso. Los hijos del sacerdote Elí: *«no tenían conocimiento de Jehová»* (1 Samuel 2:12) y utilizaban su posición para el beneficio propio. La revelación profética era escasa, la Biblia dice que: *«la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia»* (1 Samuel 3:1). Esta descripción de vulnerabilidad institucional, vacío espiritual y amenazas externas resulta dolorosamente familiar para muchas iglesias y grupos juveniles en la actualidad.

Sin embargo, la respuesta de Dios no fue esperar tiempos mejores, sino llamar a un niño. Samuel fue consagrado desde antes de nacer mediante el voto de su madre Ana; creció en el templo bajo la tutela de Elí, y fue reconocido de manera progresiva como voz auténtica de Dios: *«Todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová»* (1 Samuel 3:20). **Su autoridad no dependía de una investidura institucional, sino de un carácter moldeado por la obediencia a Dios.**

Este modelo resume la esencia del liderazgo bíblico y sirve como punto de partida para comprender el verdadero significado de este concepto.

Samuel llegó a ejercer sobre todo Israel una influencia que hoy denominamos liderazgo.

Aunque definir su significado es una tarea difícil, podemos sostener que la **característica común en todos los líderes es la capacidad para hacer que las cosas se realicen, actuar de manera que otros trabajen en un ambiente donde se sientan animados y estimulados a descubrir sus más plenas capacidades y ofrecer una contribución significativa.**

Esta capacidad de movilizar a otros no es exclusiva de los siervos de Dios, también la poseen los líderes seculares, y de ahí surge una pregunta legítima: *¿es el liderazgo un concepto carnal o espiritual, moral o inmoral, secular o cristiano?*

La respuesta es que las herramientas de liderazgo pueden obedecer tanto a motivaciones carnales como espirituales.

Lo que convierte a esas herramientas en liderazgo cristiano no es la técnica en sí, sino que **estén descritas en la propia Escritura y sean utilizadas por hombres espirituales para la gloria de Dios.** Por eso, lo realmente trascendente en el liderazgo no son las técnicas, sino las personas que las ejercen, solo quien tiene madurez espiritual empleará esas herramientas para la gloria de Dios, y esa es la búsqueda que la Biblia documenta una y otra vez: Dios encontrando y usando plenamente a hombres que cumplieran sus requisitos espirituales, a pesar de sus deficiencias humanas, y esa búsqueda continúa hasta el día de hoy...



ENCUENTRO DE JEFATURAS
**UN SIERVO
INFLUYENTE**

El Liderazgo del Profeta Samuel

Humildad: Visión Espiritual, Carácter y Legado

Ahora bien, en esa búsqueda nos conviene aclarar una posible confusión de términos: no es nuestra misión elegir entre «líder» o «siervo», pues no son excluyentes. **No existe un líder aprobado por Dios que no sea, al mismo tiempo, un siervo obediente.** La influencia o liderazgo cristiano se ejerce mediante el servicio y el sometimiento a las Sagradas Escrituras. **Cuando pedimos a Dios que identifique un líder, en realidad estamos identificando a un auténtico siervo.**

¿Y por qué necesita el pueblo de Dios siervos que lo lideren? La Biblia nos ofrece una visión clara del ser humano: «*Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino...*» (Isaías 53:6). Así como las ovejas necesitan ser dirigidas para que todo el rebaño avance por un mismo sendero, también los grupos de personas necesitan dirección para que sus esfuerzos y energías sean orientados hacia una meta común.

Esta dirección que necesitan los creyentes debe venir desde arriba. Dios así lo ordenó, y la Escritura nos lo enseña de diversas maneras. Moisés organizó al pueblo siguiendo el consejo de Jetro (Éxodo 18:13-17). El sacerdocio aarónico fue establecido con un sumo sacerdote y con órdenes sacerdotales de distintas categorías bajo su dirección (1 Crónicas 24). Así como también, el marido es cabeza del hogar, de la misma manera que Cristo es cabeza de la Iglesia (1 Timoteo 3:4-5). Es importante reconocer que, en el plan de Dios, la autoridad fluye desde los niveles superiores hacia los inferiores.

En nuestro ministerio juvenil existe una tendencia a olvidar este principio al confundir nuestra igualdad delante del Señor con la igualdad organizativa. Nuestro movimiento juvenil puede afectar negativamente a la iglesia si dejamos de enseñar el respeto y la aceptación de la autoridad debidamente constituida. «*Sométase toda persona a las autoridades superiores*» (Romanos 13:1).

Un **ejemplo admirable de esta sumisión voluntaria a la autoridad** lo encontramos en el centurión romano que le pidió al Señor que sanara a su siervo enfermo: «*...Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mitecho; por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero di la palabra, y mi criado será sano. Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a este: "Ve", y va; y al otro: "Ven", y viene; y a mi siervo: "Haz esto", y lo hace. Al oír esto, Jesús se maravilló de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe»* (Lucas 7:6-9).

Así como Samuel entendió que su autoridad profética nacía de su obediencia a Dios, y el centurión comprendió que su autoridad militar dependía de estar él mismo bajo autoridad, **todo líder está llamado a ejercer su influencia no por encima de la autoridad constituida, sino bajo ella y en obediencia al Señor.**

La Humildad como fundamento del Liderazgo

La primera respuesta pública de Samuel es una declaración de postura que define todo lo que vendrá después. Cuando Dios lo llama por su nombre en medio de la noche, la respuesta del niño es simple y total: *«Habla, porque tu siervo oye.»* (1 Samuel 3:10); **Samuel primero aprendió a escuchar y luego a hablar.**

Esta no es una fórmula religiosa vacía, es la expresión de una orientación de vida. Samuel no se pone en el centro, no negocia los términos del llamado ni pregunta qué va a recibir a cambio sino que se dispone con una sumisión radical a Dios. Y esa disposición, lejos de ser solo una actitud interior, se traducirá en conductas públicamente verificables a lo largo de todo su ministerio. (1 Samuel 12:3)



Esta sumisión inicial es la que, años después, le permite someterse también al juicio del pueblo. Al concluir su período como juez, Samuel convoca una asamblea y somete su propio gobierno al escrutinio público, invitando al pueblo a testificar si les había quitado algo, si los había agraviado o si había aceptado soborno para pervertir la justicia. La respuesta fue unánime: no había cometido injusticia alguna. Esta rendición de cuentas voluntaria es uno de los gestos de transparencia más notables que registra la narrativa bíblica, y sintoniza perfectamente con lo que el libro de Proverbios describe: *«El que camina en integridad anda confiado»* (Proverbios 10:9).

Igualmente notable es la forma en que Samuel respondió cuando el pueblo pidió un rey, lo cual implicaba dejar de lado el sistema que él representaba. El texto indica que lo tomó como una afrenta personal; sin embargo, Dios lo reencuadró: *«No te han desechado a ti, sino a mí me han desechado»* (1 Samuel 8:7). Liberado de esa perspectiva del orgullo herido, Samuel advirtió honestamente al pueblo sobre las consecuencias de la monarquía y luego obedeció sin resentimiento. Esta capacidad de separar su identidad personal del resultado de su ministerio es una de las formas más maduras de humildad cristiana, **donde la estabilidad de un líder no depende del reconocimiento humano.**

Esa misma humildad, siglos después, encuentra su expresión más plena en Cristo. Él resumió el concepto de liderazgo en la siguiente declaración: *«El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir... Yo estoy entre vosotros como el que sirve»* (Marcos 10:45; Lucas 22:27). El «Siervo sufriente» prometido en tiempos de Isaías sirvió hasta entregar su vida. Un estudio cuidadoso de la vida de Cristo nos llevará a comprender que su ministerio terrenal fue, principalmente, un ministerio de enseñanza. Él hablaba con autoridad y sabía que la única forma de perpetuar la verdad consistía en transmitirla. Asimismo, su liderazgo fue redentor, pues vino a ofrecer libertad al ser humano: *«La verdad os hará libres»* (Juan. 8:32).



En tercer lugar, la humildad en el liderazgo implica que el líder no debe adoptar actitudes dictatoriales, ni comportarse como un pequeño tirano. **Por encima de todo, debe procurar ser un ejemplo digno para la grey.** No debe sentirse inclinado hacia el poder ni ejercer la autoridad con un espíritu de dominio.

Si bien Pedro nos enseña que la humildad debe manifestarse en las relaciones con los demás; también es necesario que el líder debe estar dispuesto a responder con humildad ante las pruebas que Dios permita en su vida. «Humillaos» sería una traducción cercana al sentido de 1 Pedro 5, *“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo;”* (1 Pedro 5:6). El verdadero líder cristiano no se resistirá ni se rebelará contra las circunstancias de la vida; por el contrario, **aceptará la mano de Dios sobre su existencia, será consciente de que Dios lo está moldeando a la semejanza de su Hijo por medio de la prueba.** A través del sufrimiento, Dios puede formar el carácter de una persona y también restaurar a quien haya confiado en sus propias fuerzas. Estas cualidades son esenciales para que el liderazgo tenga fruto.

Esta enseñanza sobre la humildad ante la prueba cobra especial relevancia cuando recordamos que ni siquiera los grandes líderes bíblicos estuvieron exentos del fracaso. Un análisis detenido de ellos, incluyendo a Samuel, demuestra que la mayoría experimentó fracasos en algún momento de sus vidas. Sin embargo, ninguno se conformó con esa realidad, aprendieron de sus errores, se arrepintieron y luego fueron usados por Dios de una manera aún más poderosa. Samuel no solo enfrentó la iniquidad de los sacerdotes de su tiempo, sino que también tuvo que afrontar el fracaso en su propia familia. A pesar de su intachable integridad como juez, sus hijos, Joel y Abías, resultaron ser hombres corruptos que aceptaban sobornos y pervertían la justicia, situación que llevó al pueblo a pedir un rey: *“Aconteció que habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel. Y el nombre de su hijo primogénito fue Joel, y el nombre del segundo, Abías; y eran jueces en Beerseba. Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho”* (1 Samuel 8:1-3).

El Liderazgo del Profeta

Humildad: Visión Espiritual, Carácter y Legado

Lo que hizo posible que Samuel superara ese fracaso —el propio y el de su familia— sin amargarse ni buscar revancha fue la misma humildad que Pablo describiría siglos más tarde en Filipenses cap. 2 con una claridad que sigue siendo incómoda para cualquier líder: «No hagan nada por rivalidad o vanagloria, sino con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a sí mismos.» (Filipenses 2:3-4). **Samuel vivió esas palabras siglos antes de que fueran escritas, porque nacían de la misma fuente: una relación genuina con Dios que reorienta el ego hacia el servicio.**

Esa reorientación del ego es, quizás, el desafío más concreto que este recorrido nos deja para hoy. **Una de las tentaciones más frecuentes en el liderazgo es confundir el ministerio con una plataforma: cuántos jóvenes asisten, cuántos seguidores tienes en redes, si el pastor te reconoce o no.** Samuel te invita a hacerte esta pregunta con honestidad: ¿qué pasaría con tu motivación para liderar si nadie te viera? Cultiva espacios donde sirvas sin visibilidad; prepara bien la reunión aunque vengan pocos; ora por los jóvenes de tu grupo aunque ninguno lo sepa.

La humildad no se proclama con palabras, se construye en los momentos donde nadie está mirando.

Es precisamente en ese ejercicio silencioso donde se producen los frutos que fortalecen nuestro actuar y nos hacen crecer en dones y obtener las herramientas necesarias para el servicio dentro del Reino de Dios. Entre ellos destacan la visión espiritual, el carácter, para luego poder dejar un legado en el servicio a Dios.



La Visión Espiritual; un don necesario

Si la humildad define el perfil de Samuel, la visión espiritual define la calidad de sus decisiones. Samuel no lideraba desde el análisis del poder ni desde la opinión de las mayorías, él lideraba desde una capacidad cultivada de percibir la realidad con los ojos de Dios. Y esa capacidad no era un don reservado para una élite, **era el fruto de años de escucha, oración y disponibilidad sostenida desde la infancia.**

El episodio de la unción de David en 1 Samuel 16, es el caso más iluminador. Cuando los hijos mayores de Isaí desfilaron ante Samuel —imponentes, capaces, con todo a su favor según los criterios culturales—, Samuel estuvo a punto de elegir al primero que vio, pero la corrección divina fue puntual y definitoria: *«El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.»* (1 Samuel 16:7)

Samuel entonces esperó al más joven, al que estaba en el campo, al que nadie consideraba candidato. Ungirlo fue un acto de fe y obediencia pura, actuar sobre lo que Dios revela, a contracorriente de lo que la cultura valora. Este principio tiene implicaciones enormes para quien lidera, **los candidatos más evidentes no siempre son los que Dios está preparando, y los que nadie considera muchas veces son los que Él ya tiene en mente.**

Esta misma visión aparece también en la respuesta de Samuel frente a la crisis nacional. Ante la amenaza filisteá, su primera reacción no fue organizar un ejército sino convocar una asamblea de arrepentimiento colectivo: *«Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová.»* (1 Samuel 7:5)

El pueblo confesó sus pecados, ayunó y se reorientó hacia Dios. Solo entonces sobrevino la victoria militar. La lógica de Samuel era teológicamente sólida: si la raíz del problema es espiritual, la solución debe comenzar en ese nivel. Aplicar estrategia sobre una base desintegrada espiritualmente, es construir sobre arena.

Dios no estará interesado en confirmar un liderazgo que se aleje del modelo manifestado en la Escritura.

Como líder se tiene el privilegio y la responsabilidad de ver el potencial que Dios ha puesto en jóvenes que quizá nadie más está notando: el tímido, el que llega después de haber fallado, el que no encaja en el perfil de líder evidente.

Se debe practicar el discernimiento espiritual de forma activa, ora específicamente por cada joven de tu grupo, pidiéndole a Dios que te muestre lo que Él ve en ellos. Y cuando recibas esa visión, actúa, invítalos a servir, dales responsabilidades antes de que se sientan «listos» y cuéntales lo que Dios te muestra de su vida. **Eso es liderazgo.**

DE JEFATURAS
ENCUENTRO
**UN SIERVO
INFLUYENTE**

El Liderazgo del Profeta Samuel

Humildad: Visión Espiritual, Carácter y Legado

La formación del Carácter; prioridad irrenunciable

Una dimensión del liderazgo de Samuel que suele pasar desapercibida es su comprensión del liderazgo como proceso formativo antes que como posición de autoridad. Samuel no fue proclamado profeta de un día para el otro, fue formado año tras año en el templo, en el silencio y la rutina del servicio cotidiano, bajo la supervisión de Elí. Ese proceso de formación de carácter no fue un preámbulo al ministerio, fue el ministerio mismo en su etapa más decisiva.

Esta premisa desafía directamente uno de los problemas más comunes en el liderazgo cristiano actual, la tendencia a promover jóvenes a roles de liderazgo visible antes de que su carácter esté suficientemente cimentado.

Pablo advirtió sobre esto con precisión en 1 Timoteo 3, al señalar que un obispo no debe ser un recién convertido: «*no sea que, envaneciéndose, caiga en la condenación del diablo*» (1 Timoteo 3:6).

El cargo sin carácter no solo perjudica al líder; perjudica a todos los que están bajo su influencia y, con el tiempo, erosiona la credibilidad del ministerio mismo.

Samuel encarna el principio que Jeremías 1 enuncia sobre el llamado: «*Antes que te formase en el vientre te conocí.*» (Jeremías 1:5). **El llamado es soberano y previo, pero la formación es progresiva y demanda nuestra cooperación.** No hay atajos en la construcción del carácter. El templo donde Samuel fue formado era un espacio de disciplina, obediencia y escucha que no pedía resultados inmediatos, sino fidelidad sostenida. Esa fidelidad en lo pequeño fue la que lo habilitó para lo grande.

La presión por llenar roles en el ministerio —alguien que predique, que dirija la alabanza, que organice las actividades— puede llevar a promover personas sin haberlas acompañado lo suficiente. **Una buena pregunta para hacerse antes de delegar un rol sería: ¿esta persona demuestra tener una relación con Dios?** Si la respuesta es no, el primer paso no es darle un micrófono, sino acompañarla a construir esa relación con Dios como base. El ministerio más poderoso siempre fluye del carácter, no del carisma.

El Legado: liderar para que otros lideren

El liderazgo de Samuel culmina no en la acumulación de poder, sino en su transferencia deliberada. A lo largo de su ministerio, ungió a Saúl y a David, preparando a quienes lo sucederían sin aferrarse al protagonismo. Y más aún, fundó escuelas de profetas (1 Samuel 19:20), comunidades formativas orientadas a reproducir en otros la capacidad de escuchar a Dios y proclamar su palabra. Samuel entendió algo que muchos líderes tardan demasiado en aprender: que el propósito del liderazgo no es perpetuarse, sino multiplicarse.

Este principio está en el corazón del modelo de Jesús. Él no formó espectadores; formó líderes: *«Como me envió el Padre, así también yo os envío»* (Juan 20:21). Y Pablo lo reitera: *«Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.»* (2 Timoteo 2:2) La cadena de formación que Samuel inició con las escuelas de profetas anticipa directamente ese mandato, **el líder espiritual genuino siempre está pensando en quién viene después.**

El gesto más sorprendente del legado de Samuel es su actitud luego de ser desplazado por el pueblo que quería un rey. En lugar de alejarse amargado, declaró: *«Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros.»* (1 Samuel 12:23) Interceder por quienes lo habían relegado no fue resignación, fue la expresión más alta de un liderazgo desinteresado, cuya motivación era la gloria de Dios y el bien del pueblo, no el reconocimiento propio.

Samuel siguió sirviendo desde la oración cuando ya no podía hacerlo desde el estrado. Eso es precisamente lo que distingue al líder que sirve del líder que usa.

Una de las preguntas más reveladoras para evaluar la salud de un ministerio juvenil es esta: si tú te fueras hoy, ¿el grupo tendría con quién continuar? Si la respuesta es no, es posible que hayas construido un ministerio centrado en ti en lugar de uno centrado en Cristo y en el desarrollo de otros. Samuel te desafía a identificar a 2 o 3 jóvenes con potencial de liderazgo y comenzar a invertir en ellos de forma intencional, llévalos contigo a situaciones de ministerio, enséñales cómo preparar un devocional, dales espacio para equivocarse y aprender. El mayor legado que puedes dejar en el ministerio juvenil no es el programa que armaste, sino los líderes que formaste.

DE JEFATURAS
ENCUENTRO
**UN SIERVO
INFLUYENTE**

Conclusión

En Conclusión el análisis del liderazgo de Samuel revela un modelo que es, al mismo tiempo, antiguo en su origen y completamente vigente en sus principios. **Su autoridad no descansó en la fuerza ni en el carisma personal, sino en una combinación poco frecuente: humildad genuina, discernimiento espiritual cultivado e integridad pública verificable.** En él convergen el profeta que escucha antes de hablar, el juez que se somete al escrutinio colectivo y el formador que prepara sucesores con la misma dedicación con que ejerció su propio ministerio.

Para quienes lideran jóvenes en la iglesia de hoy, el ejemplo de Samuel no es un monumento histórico, sino una interpelación viva. **En una cultura que presiona hacia el liderazgo visible, instantáneo y centrado en resultados medibles, Samuel propone el camino inverso: formación antes que función, carácter antes que carisma, legado antes que protagonismo.** No porque los resultados no importen, sino porque los frutos genuinos y duraderos solo crecen siguiendo esa secuencia.

La pregunta que su vida deja sobre la mesa no es «¿cuántos jóvenes vienen a la zonal?», sino «¿estás formando personas que escuchen a Dios, que sirvan sin necesitar el centro de la atención, y que levanten a otros cuando tú ya no estés en la zona?». Esa es la definición bíblica del liderazgo que perdura. Samuel la vivió con fidelidad, pero fue Jesucristo quien la encarnó de manera perfecta, el Maestro que lavó los pies en lugar de pedir tronos, que formó discípulos capaces de continuar la obra para cuando él ya no estuviera con ellos. Jesús definió la grandeza no por el protagonismo sino por el servicio: *"... sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor"* (Marcos 10:43).

Samuel reflejó estos mismos principios al responder con fidelidad al llamado de Dios desde su niñez, manteniendo una relación íntima con Él y guiando al pueblo de Israel con integridad, discernimiento y dependencia del Señor.

Aunque vivieron en contextos distintos, Samuel anticipó el modelo de liderazgo que Cristo llevaría a su máxima expresión; quién siglos después, sigue siendo uno de los ejemplos más claros y necesarios de ese mismo camino que Cristo trazó.

